



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La influencia prodigiosa de la verdad vivida

Exposición del Mensajero del Eterno

CUANTO queremos agradecerle al Eterno de que quiera amablemente abrirnos la inteligencia para que podamos comprender su lenguaje y asociarnos al Reino de Dios!

Las multiformes visiones dadas por él Todopoderoso a los profetas nos procuran inmensas confortaciones y regocijos. Por otra parte, nos han aguzado el deseo de comprender los caminos del Eterno, y permitido darnos cuenta de todo el esplendor del glorioso llamado divino. Comprendemos también los grandes esfuerzos que hay que hacer para seguir una línea de conducta que nos permita salir de las tinieblas y estar en la luz.

Lo esencial es que cambiemos de mentalidad. Para esto es preciso vigilar con mucho cuidado nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. En efecto, podemos encontrarnos de momento en el Pleno de Dios y cinco minutos más tarde estar en el reino de las tinieblas, según lo que ocurra en nuestro cerebro.

Si nos dejamos influir por el mal, nos venimos abajo del monte de Sion hasta las profundidades de las tinieblas; esto simplemente a causa de la mentalidad que manifestamos. Por eso, es tan necesario que trabajemos con ardor en el cambio de nuestro carácter.

En general, todos los hermanos y hermanas tachan de difícil el proceso del cambio de mentalidad. Pero en realidad no es para nada tan difícil como el adversario nos lo hace parecer. Sólo es preciso tener en sí el verdadero y profundo deseo de transformarnos, y la firme voluntad de desarrollar los sentimientos del Reino de Dios. Entonces todo lo vemos amable y maravillosamente comprensible. Por este hecho el programa se hace mucho más fácil de realizar.

Naturalmente, hay contradicciones, oposiciones y una cantidad de obstáculos que se presentan a nosotros. Al principio de mi ministerio, yo encontraba muchos, pero no me dejé detener por todas estas trabas del adversario. Yo proseguí sin desamparar, y el Señor dio su grandiosa bendición.

A los hermanos que hacían oposición, que no querían aceptar el programa divino, yo los soportaba; de esta manera trabajaba en la transformación de mi propio carácter, lo que a mí me fue una inmensa ventaja. Después los oponentes acabaron por irse ellos mismos.

Lo cierto es que no es jamás el Señor quien nos despiere. Somos nosotros quienes escogemos, según cómo reaccionamos frente a las maravillosas luces divinas que recibimos, y al programa que nos es propuesto.

Tenemos todo en manos para hacer progresos. Si tomamos realmente a pecho la reunión de santificación, se entabla en nosotros una

lucha para realizar lo que las preguntas nos proponen; pero luego hay también verdaderos progresos que se manifiestan.

Todo depende de los esfuerzos que hacemos. Si no tomamos las cosas suficientemente a pecho, porque nos agradan demasiado nuestras propias comodidades, cosechamos lo que hemos sembrado, esto es inevitable.

Hay amigos que hacen progresos muy notables en poco tiempo, otros se rezagan. En general, estos últimos se enaltecen, y cuando dan su testimonio, en lugar de recomendarse y confesar sus debilidades, procuran embellecer las cosas, porque desean que se tenga de ellos una buena opinión.

Por lo tanto, se buscan a sí mismos, y siguen el camino del egoísmo de una manera disfrazada, pero diabólica a más no poder. De esta manera no se consigue nada bueno. Pero, al contrario, si vamos adelante con todo el celo y el poder que somos capaces de desplegar, el Señor nos procura el querer y el hacer según su beneplácito.

Naturalmente, hay todo para impedir la obra del Señor, y para que el mensaje divino no penetre en las masas. No es desde luego el mundo que nos ayudará a introducir el Reino de Dios en la tierra, ni sobre todo las personalidades destacadas del mundo. Ellas no quieren bajar de su pedestal para ser verdaderos hijos de Dios, conscientes de su propia situación de pecadores.

A los intelectuales, por su parte, les cuesta más trabajo que a los demás. Llegan hasta cierto nivel de comprensión, pero no pasan de este límite, porque no quieren emprender el trabajo del cambio de su mentalidad.

Tenemos en la Biblia magníficas imágenes concernientes a Jerusalén, llamada antiguamente Jebús. En el tiempo de Abraham, es precisamente en el monte de Moriah (donde algunos centenares de años más tarde se erigió el templo de Salomón) que Abraham ofreció al Eterno a su hijo Isaac en sacrificio.

Vemos, pues, que con el Señor no existe el poco más o menos. Todo tiene su significado; nada se hace a la ventura. No hay que creer, a causa de las dificultades, contradicciones y oposiciones que puedan producirse, que estamos a merced de las maldades del adversario. El Eterno tiene todo el poder en sus manos.

Lo que el Señor permite es únicamente con objeto de que aprendamos ciertas lecciones que tenemos que aprender. Es para que nos acostumbremos a confiarnos completamente en él, desarrollando un afecto de niño hacia nuestro buen Padre celestial.

Respecto a mí, después de haber observado

mi carácter impaciente y nervioso, y luego de haberme comparado en pensamiento con el inefable y glorioso carácter del Señor, pude darme cuenta de lo que era menester hacer para adquirir los sentimientos divinos. En efecto, nos dice nuestro querido Salvador: "Aprended de mí, que soy bondadoso y humilde de corazón".

Yo no tenía por cierto un corazón dulce. Cuando me contrariaban, era de una impaciencia fantástica. Tampoco yo era siempre paciente con las ovejas que el Señor me había confiado. Por eso, tuve que dejar del todo mis pretensiones para poder realizar el programa divino, a fin de hacer buena figura en la familia de Dios.

En el Reino de Dios no habrá necesidad de escribir, de imprimir, de leer ni de calcular. Todo será de una maravillosa sencillez, porque los seres humanos serán instruidos por el poder del espíritu de Dios. Esta ciencia sobrepuja todo entendimiento humano; simplifica todo de una manera completa, porque con ella todo es regido por el amor.

Cuando las personas se aman, se pueden comprender con pocas palabras. Pero cuando no se aman, no se comprenden para nada, ni siquiera con muchas explicaciones. Ya sólo la aparición de una persona que no queremos, nos causa una impresión desagradable.

En cambio, si es alguien que nos es simpático, ¡cuánta alegría nos da recibirlo y rodearlo de afecto! Aunque tengamos prisa y toda clase de ocupaciones, sólo pensamos en complacerlo. Como lo vemos, la diferencia es grande, según las impresiones que nos animan, es decir, según nos movemos en el Reino de la luz o en el reino de las tinieblas.

Para hacernos comprender la verdad, eran necesarias gran cantidad de ilustraciones. El Señor nos las ha procurado con los ejemplos que sacamos de las santas Escrituras, que nos dan una idea de la magnificencia de los caminos divinos. Sabemos con ellos cuán esforzado, solícito, fiel y abnegado fue Moisés. A pesar de todo, recibió solamente reproches de parte del pueblo de Israel.

Yo comprendo bien a Moisés, porque he pasado también por experiencias análogas. A veces, con amigos nos habíamos abnegado particularmente, habíamos hecho lo imposible por ayudarlos, y después hemos recibido como recompensa amargos reproches.

Esto nos ayuda a comprender también toda la paciencia y la benevolencia que debe de tener el Omnipotente con nosotros, que a menudo somos de tal manera poco amables, poco agradecidos, manifestando además descontento y reclamando.

Encontramos aún que decir al Eterno que

sólo se ha gastado por nosotros en bondades de todas clases; nos ha ofrecido las más altas y preciosas promesas, nos ha invitado a una escuela admirable, en la cual podemos recibir una inefable educación. Representa un trabajo inestimable de paciente aguante y de bondad de parte de Dios, llamarnos de las tinieblas a su luz admirable para transformarnos y venir así a ser luz y sabor.

Por tanto, hay muchos esfuerzos que desplegar para realizar lo que hemos de ser, y para salir de nuestros antiguos hábitos. ¡Qué facilidad sería si cada uno se esforzase en vivir fielmente el programa, en tener una actitud digna en las reuniones! El poder del espíritu de Dios podría circular libremente en cada corazón, y el resultado sería grandioso. Es muy posible eliminar la sugestión demoniaca cuando nos asalta, pero es menester que pongamos toda la buena voluntad en la lucha.

Podemos pedir constantemente socorro y ayuda al Señor. Él está, deseoso de darnos su bendición y su gracia para que obtengamos victorias, guardemos nuestro corazón de manera que a nuestra vez divulguemos más lejos la bendición que hemos recibido. Esto pide no complacernos en nosotros mismos.

Complacerse en sí mismo puede manifestarse de múltiples maneras. Y el adversario tiene todas las sutilezas diabólicas para tomarnos por un lado u otro, porque conoce nuestras debilidades mucho mejor que nosotros mismos. Es preciso que el Reino de Dios nos sea más querido que cualquier otra cosa, y sobre todo más que nosotros mismos.

Entonces podemos vencer todas las debilidades y estamos seguros de alcanzar el blanco. Cuando observamos en nosotros una laguna, un punto vulnerable, es necesario combatirlo resueltamente. Y es interesante constatar que tan pronto como lo intentamos con celo, el Señor nos da también facilidades.

Lo que antes nos parecía difícil, resulta muy poca cosa. Y cuanto más avanzamos, más experimentamos alegría y certidumbre, y finalmente logramos vencer las dificultades con brío y entusiasmo. Esto es indispensable para formar parte de la Jerusalén celestial tan cantada por los profetas.

Cuando yo leí la descripción de los capítulos 65 y 66 de Isaías, sentí transportes de felicidad. En efecto, está mencionado: "Yo haré de Jerusalén mi alegría y de mi pueblo mi gozo; todos los habitantes de la tierra vendrán a Jerusalén para recibir la bendición."

En el tiempo de nuestro querido Salvador, para la Pascua, venían los judíos en masa de todos los puntos del imperio romano a Jerusalén, para celebrar estas fiestas solemnes.

Era una peregrinación como las que hacen actualmente, yendo a Lourdes y a otros lugares, no procurándoles luego una verdadera bendición. En cambio, los que tienen el corazón bien dispuesto pueden ir fácilmente a la Jerusalén celestial que les procurará una bendición inefable,

En efecto, todo verdadero consagrado es una parte de esta maravillosa Jerusalén. Pero muchos dicen con una ligereza asombrosa y una verdadera inconsciencia: "yo soy un consagrado". El que quiere serlo, debe probar también lo que afirma.

Si no podemos dar la prueba con los hechos, el Señor tampoco puede aceptarnos como tales, aunque nos figuremos estar en la nota. Un miembro de la nueva Jerusalén debe realizar

el cambio de los sentimientos de su corazón. Está lleno de alegría porque se siente constantemente bajo la influencia del espíritu de Dios, que le unge con el aceite de gozo. Es preciso también adherirse plenamente a la dirección de la obra.

En Jerusalén todos los seres humanos serán consolados. Es preciso, pues, ser uno mismo consolado para poder consolar a otros. Esto lo podemos conseguir poniendo totalmente el viejo hombre a un lado. Es así como podemos procurar gozo y bendición a nuestro alrededor, e introducir el Reino de Dios en la tierra.

¡Qué maravillosa imagen nos da de este Reino Isaías 11: 7, 9! Dice: "La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; el león como el buey comerá paja. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte". Tenemos en manos todo lo necesario para que venga este bendito tiempo.

Es interesante darnos cuenta de que viene la tribulación sobre la tierra, y que al mismo tiempo se introduce el Reino de Dios por los hijos de Dios. Ellos no se ocupan de la tribulación, porque no les incumbe para nada.

Naturalmente, para esto hay que seguir una línea de conducta que nos ponga fuera de alcance de la tribulación. La teoría no puede protegernos, se necesita la práctica del programa divino. En el transcurso del buen combate, seguramente hay que vencer dificultades, pero también hay maravillosos estímulos.

Lo cierto es que si andamos rectamente todo sale magníficamente. Pero es preciso que esto no afloje; es, pues, del todo individual. Es personalmente que puede uno afirmar su vocación y su elección. No son los demás que pueden elegirnos, sino que sólo nosotros mismos podemos hacerlo.

Lo que nos ayuda muchísimo, es tener siempre ante nuestra vista la nueva Jerusalén, esta madre tan amable, que toma a sus hijos sobre sus rodillas, los acaricia, los mimas, se olvida a su favor, se abniega hasta dar su vida.

Esto nos estimula a cumplir fiel y noblemente con nuestro ministerio, al ser un verdadero consagrado que desempeña su oficio de sacerdote, y que se mantiene respetuosamente ante el Todopoderoso. Esto nos pide evitar todo pensamiento profano, toda expresión fuera de lugar, y acostubrarnos al lenguaje afectuoso y misericordioso del Reino de Dios.

Aun hijo de Dios que vive verdaderamente el programa divino, los caminos del Eterno no le parecen difíciles. Ellos no traen más que alegría y felicidad. Pero hay que sujetar el viejo hombre, porque le cogen malos ratos, y está a menudo mal dispuesto. Por lo tanto, no hay que escucharlo ni dejarlo hablar.

Esforcémonos, pues, en pensar siempre en el Reino y en sus gloriosas perspectivas. En Isaías 66 está escrito de parte del Eterno: "El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies; ¿dónde esté la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo?"

Corresponde a nosotros la posibilidad que nos brinda el Señor de volver glorioso el estrado de sus pies; para que el lugar seco se convierta en estanque y florezca profusamente. Así se restaurará lo que ha sido destruido y devastado por la mano de los hombres, bajo la sugestión del espíritu demoníaco.

El Génesis, en el capítulo 2, menciona que antes del diluvio nunca había llovido sobre la tierra, porque en aquella época toda la humedad del aire era absorbida por la frondosa

vegetación. Por eso, ¡qué motivo de regocijo es para nosotros ocuparnos ya ahora del comienzo de la restauración de la tierra, por todos los medios que el Señor pone a nuestro alcance actualmente!

En efecto, ha llegado el tiempo en que debe efectuarse este trabajo. Las visiones del profeta Isaías nos han entusiasmado; pero el Señor nos ha hecho comprender que estas visiones no iban a permanecer siempre en estado de ficción, sino que un día se cristalizarían en la realidad.

Por eso ¡qué fervor debemos poner en realizar el programa divino, para apresurar ese día, del cual se dice que en aquel tiempo los seres humanos no tendrán más hijos para verlos perecer, sino que sus días serán como el día de los árboles! Con tan magníficas promesas, podemos experimentar lo que David dijo dirigiéndose al Eterno: "Mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos".

Naturalmente, conviene ponerse a obrar con decisión, especialmente para cambiar nuestro corazón. El que no hace muchos esfuerzos, no tiene muchas experiencias ni estímulos para dispensar a su alrededor.

En cambio, el que ha luchado y hecho reales esfuerzos, ha registrado también victorias, y experimentado una grandiosa bendición, la cual puede compartir en su medio ambiente. Se siente feliz y entusiasmado, y puede a su vez entusiasmar a sus hermanos y hermanas.

¡Qué inmenso gozo conocer la verdad, sentir bajo nuestros pies un terreno sólido, estable, que no es resbaladizo! Por eso queremos demostrarle nuestra gratitud al Eterno de una manera práctica, siguiendo adelante con gozo y entusiasmo. El apóstol Pablo dijo: "Olvidando lo que queda atrás prosigo al blanco, a la meta de la alta vocación en Jesucristo, nuestro Salvador."

Comprendemos fácilmente que nuestra mentalidad debe ser completamente transformada, de manera que esté en armonía con el Reino de Dios. Entonces todo lo tenemos ganado. De lo contrario todo sería perdido.

Queremos, pues, poner en ello todo nuestro corazón, correr con perseverancia en la liza, como el apóstol Pablo. Es así como podremos ser verdaderos colaboradores para la introducción del Reino de Dios sobre la tierra. Entonces podremos formar definitivamente parte del nuevo cielo, o bien de la nueva tierra, donde mora la justicia.

Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hacemos progresos en la dulzura, la humildad, la bondad, la fidelidad, y obtenemos victorias sobre nuestro viejo hombre?
2. ¿Progresamos en la generosidad y somos un motivo de confortamiento con nuestra paciencia, nuestra nobleza, nuestro altruismo?
3. ¿Procuramos dar siempre aliento a nuestro alrededor y se fortalece nuestra fe?
4. ¿Ponemos a un lado todo interés personal e indiferencia: renunciamos con gozo y cultivamos la limpieza del corazón?
5. ¿Somos dóciles en la escuela divina, podemos consolar a nuestro prójimo, perdonar con alegría, tener buenos reflejos?
6. ¿Nos ayuda nuestro valor a tener victorias sobre las sugestiónes diabólicas y sobre el egoísmo?